

<< CONCIENCIA DE VALERONA >>

Valerona. Mujer de Guía, hija de Maruquita la alfarera, quien mantenía una tradición ancestral que había transmitido a su hija, aunque ésta no se dedicaba a tallar, ni llevar las piezas al mercadillo dominical como su madre, y de José el cachorro, que a pesar de no llevar puesto el sombrero que tanta fama y sombra le dio en sus últimos años, llevó puesto su alias hasta el final. Con mucho orgullo, al igual que su fama de haber sido un gran luchador y promotor de la lucha canaria.

Valerona. Esposa de Antonio desde hace tres décadas, durante las cuales ha sido siempre un buen esposo y honrado agricultor. Han tenido dos hijas, que con mucho amor han visto crecer, y ahora añoran al encontrarse ambos fuera de casa al desarrollar sus estudios universitarios en Estados Unidos. Toda una satisfacción para sus padres, que con mucho sacrificio han buscado el mejor futuro para ellas, oportunidades que a ellos la vida les negó.

Valerona trabaja durante la mañana en un colegio de cocinera, y por la tarde, combina las tareas del hogar, en las que colabora su marido, con el cuidado de su madre, la cual, a sus noventa y cuatro años, tiene la salud deteriorada, pero una mente muy lúcida, y por supuesto, un gran corazón, como siempre.

Por el día de la mujer trabajadora, Valerona decide hacer una carta a su madre, y regalársela junto a un ramo de flores, unas flores de mundo preciosas de su jardín. Con mucha ternura y afecto, escribió:

—Maruquita, mujer querida, madre amada, esposa humilde, trabajadora y luchadora. Aún recuerdo cuando era pequeña y me llevabas en brazos, dándome tu calor y cariño. Fui creciendo y recibiendo de ti todo lo mejor, una educación basada en la honestidad, respeto... sinceridad, dándome una disciplina digna de una madre trabajadora y luchadora, que nunca flaqueaste a pesar de las múltiples adversidades. A ti, esposa ejemplar, mujer trabajadora, madre admirada digna de sabiduría, tu que con la alfarería matabas tu sed y llenabas tu alma de paz, te doy gracias por darme la vida y lo mejor de ti. Gracias por llevarme siempre a tu lado y darnos a todos lo mejor. Mujer trabajadora, orgullosa estoy de ti, y tus pasos quiero seguir.

Tras el almuerzo, Valerona sorprendió a su madre leyéndole con ternura y agradecimiento su carta, mientras la mujer, deleitándose, se alegraba enormemente mientras sujetaba fuertemente el ramo de flores. Tras la siesta, se dirigió al dormitorio de su madre a darle la acostumbrada taza de agua guisada de romero, salvia y alzándara. No esperaba nunca sucediese. La encontró con rostro sereno, lleno de paz y satisfacción, y en sus manos sujetando fuertemente la carta, Maruquita murió.

No fue fácil rehacerse de ello, Valerona sintió por un momento que el ama se le desgarraba, que era el final de todo, que nada tenía sentido sin ella..., pero que debía

seguir viviendo. Dos días después, durante la noche. Mientras se aproximaba el alba, moldeó un precioso bernagal, con todo el amor que de sus manos y corazón brotaba. Se dio cuenta que la vida es continuo movimiento, cíclico como el torno, en continua creación. Comprendió que su madre se alegraba que siguiese su ejemplo, el cual enseñó con mucho Amor a sus hijas. Comprendió que debía seguir trabajando y sacrificándose como su madre le enseñó. Y continuó la legendaria tradición, de trabajo, vida, amor.

María Eugenia Cheda Rodríguez